

RAMIRO DE MAEZTU

Susana Dawbarn de Acosta

INTRODUCCION

El pensamiento de Ramiro de Maeztu ha sido enfocado por diversos autores que han privilegiado algún aspecto de su frondosa producción. Así, unos han puesto énfasis en el estudio de sus ideas políticas, otros, han insistido en la exposición de su vida, combinando el ángulo biográfico con el análisis de trozos seleccionados de su obra.

En este intento, proyectamos examinar la labor completa de Maeztu desde una perspectiva estructural.

Se compone de tres partes bien diferenciadas, que consiste, la primera, en una interpretación genética, es decir, describe las secuencias más significativas de su trayectoria con un ligero comentario de sus obras, puntualizando en aquellas circunstancias que imprimieron una huella indeleble en su espíritu y que engendraron sus títulos más reconocidos.*

En el segundo apartado, se constatan los sucesos políticos contemporáneos del autor que van a generar

* En esta publicación, por razones de espacio, se ha suprimido el apartado I, referido al estudio biográfico del autor.

una respuesta crítica, especialmente verificable en su exuberante entrega periodística.

La tercera y última parte, encara el trabajo total de Maeztu en el marco de un esquema analítico que contempla diversos niveles de investigación**. Este tratamiento del conjunto de su obra, nos permitirá organizar su pensamiento en una nueva sistematización, que contribuirá a jerarquizar sus propuestas de redimensionamiento socio-político, las cuales emergerán con toda nitidez en el cotejo de su visión crítica, también reordenada estructuralmente.

Sus postulados positivos y negativos quedarán así esclarecidos y profundizados, colaborando en ello, el reconocimiento de su soporte filosófico así como su inserción en el macro contexto político y social.

I. Circunstancias históricas

Efectuaremos en este apartado un bosquejo de la vida política de España, desde fines de siglo hasta el inicio de la guerra civil, haciendo hincapié en aquellos hechos que infundieron una respuesta comprometida de Maeztu -palpable a lo largo de su vasta producción- y a los cuales hemos dado el nombre de desafíos históricos.

En el marco de un proceso de deterioro nacional, de una descomposición del estado español, transcurre la vida de Ramiro de Maeztu. Nació en la época de la restauración borbónica, en cuyo seno se consagra, desde el punto de vista político, la alternancia de los dos partidos mayoritarios, conservadores y liberales, que emplearon los mismos procedimientos viciados con fines exclusivamente electoralistas.

Tanto sagastinos como canovistas adoptaron igual incompreensión ante la insurrección cubana y ambos menospreciarán los métodos pacíficos para defender una postura

** Dicho marco analítico ha sido proporcionado a la Cátedra de Historia Contemporánea por su titular, profesor Dr. Cristian Buckrucker.

decididamente beligerante. Cuando quisieron ofrecer una orientación autonomista para Cuba ésta llegaba demasiado tarde, tanto para los cubanos -ya enrolados en una guerra de independencia total- como para los norteamericanos, cuyas pretensiones imperialistas no pudieron ya ser detenidas: imposición de sus intereses económicos y el desalojo de los restos del dominio hispánico en América. Con la derrota española advino conjuntamente, la crisis espiritual del pesimismo y la desesperación. Maeztu se enfrentó con este primer desafío que se tradujo entonces en un deseo de reparación total, anhelo que cristalizó en su primer libro: "*Hacia otra España*".

Durante la gestión de Alfonso XIII (1902-1931) se suceden los gabinetes liberales y conservadores, en un clima de inercia y divisiones internas, enfrentados ahora a una nueva fuerza, el socialismo, con aspiraciones, no ya meramente sociales, sino con definidos reclamos políticos. El nuevo siglo se inicia con la primera huelga general en Barcelona -1902- y esta misma ciudad será escenario tiempo después, en 1909, de otra convulsión social -conocida como la Semana Trágica- sin precedentes en la historia española, pero que presagia la tónica que prevalecerá en las luchas sociales de la España Contemporánea.

La guerra mundial de 1914 y sus consecuencias, particularmente la revolución bolchevique, impactan a Maeztu de manera abrumadora, caracterizando la segunda incitación histórica que dejará su huella en los dos libros de este período. "*Inglaterra en armas*" y "*La crisis del humanismo*". Aquí se perfilan sus preocupaciones futuras, se vigorizan y fortalecen sus ideas, reflexiones estas que persistirán hasta el final de sus días.

Durante el conflicto, España mantuvo una posición neutral que redundará en beneficios inmediatos, al acelerar una prosperidad económica basada en el crecimiento comercial, pero que no fue sinónimo de una extensiva expansión industrial, salvo en algunos sectores como el naviero o el metalúrgico. El incremento de los precios, que no fue paralelo al de los salarios, perturbó las relaciones sociales

que se vieron afectadas por reclamos violentos en demanda de reivindicaciones salariales.

Estas peticiones, unidas a las exigencias autonomistas catalanas, a la protesta incesante de los republicanos junto al movimiento de las Juntas de Defensa -denuncia de los oficiales por mejores sueldos y en contra de la promoción política- confluyeron todas en un requerimiento generalizado de renovación nacional. Este fenómeno de disconformidad recrudeció en la España de posguerra, aquejada por la crisis general y especialmente por el repliegue de la economía europea cuyas compras a España se contrajeron provocando la caída de los precios y la paralización de numerosas compañías industriales. Toda esta situación conjuntamente a los objetivos revolucionarios de algunas agrupaciones obreras como la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo -anarco sindicalista-), estuvieron por debajo de la virulencia social que caracterizó el período 1918 - 1923. En esta etapa arrecian las huelgas y los atentados, e incluso las disputas entre las dos grandes asociaciones sindicales, la C.N.T. y la U.G.T. (Unión General del Trabajo), que terminaron por mirar la efectividad de la lucha obrera contra un gobierno atónito que no alcanzaba a proporcionar soluciones concretas y dejando descontenta la masa de trabajadores, al igual que sin complacer los anhelos de orden y protección de los sectores pudientes. En este ambiente de inseguridad y de caos social, el gobierno civil cayó por su propio peso, sin resistencia, con el golpe militar encabezado por Primo de Rivera -septiembre de 1923- reasumiendo así, la función tradicional del Ejército español que se atribuía el papel vehiculizador de la voluntad general, deseosa de una regeneración de la vida pública.

Rivera llegó al poder sin más fórmula que restablecer la paz social, purificar los procedimientos políticos y entregarle a la monarquía -una vez conseguida la rehabilitación después de un breve y activo paréntesis -una España en condiciones de reanudar la normalidad institucional.

La dictadura inicia sus gestiones en una atmósfera de optimismo que se prolonga por algún tiempo, refrendada

por la concreción de muchas iniciativas que le valieron un difundido apoyo: en el plano sindical, logró la neutralización del movimiento revolucionario, debido a una enérgica política represiva y a la captación de una franja socialista a través de la U.G.T. La asociación anarquista -C.N.T.- prácticamente dejó de existir durante los siete años del régimen. También supo elaborar un programa social que satisfizo ciertos reclamos, encauzó las reivindicaciones laborales por medio de comisiones paritarias de tipo corporativo. Por otra parte, coadyuvó a la consolidación del gobierno, la solución "digna" de la cuestión marroquí. En el ámbito político, proyectó la Unión Patriótica, no como un partido tradicional, sino como una agrupación de ciudadanos patriotas, abierta a todas las manifestaciones partidarias, cuyo único vínculo parecía ser el anhelo de restauración moral. Con este elemento se pondría en marcha la fase de desmilitarización prevista, concretándose en el establecimiento de un Directorio civil. Desde el punto de vista económico, el gobierno preparó un esbozo de economía planificada que condujo, más que a una reactivación económica -que por otra parte existió en varios sectores como las obras públicas, el comercio exterior, etc.- a una encarnizada resistencia de las clases más favorecidas opuestas a toda tentativa de dirigismo estatal. Muy pronto, a la oposición impresarial, se le sumó el desencanto de los políticos, quienes no vislumbraban ninguna perspectiva de retorno a la legalidad; también los intelectuales se volcaron a la contienda, a la que se unieron los estudiantes universitarios.

Dentro de este ambiente ilustrado muy pocos quedaban que apoyaran la conducción riverista y entre ellos se individualizaba a Maeztu. Cronista de *"El Sol"*, adopta una postura decididamente contraria a las prácticas electorales y a las recetas socialistas. Y desde esta tribuna defiende, primero tibiamente y después sin retaceos, la dictadura de Primo de Rivera, desplegando sus puntos de vista políticos, en los que aún perviven matices conciliadores, alejado todavía de la posición netamente contrarrevolucionaria de los años venideros. Por esta razón colabora en el Partido Unión Patriótica, en cuyo seno se aglutinaban

las tendencias más dispares y al que luego de un tiempo, le retira su confianza, para lanzarse definitivamente al combate abierto, renegando de actitudes flexibles.

A partir de 1925 el incremento de los desengañados fue en aumento y paralelamente, el número de los desertores. Pero la defección más grave y peligrosa para Rivera, la constituyó la sedición de sus pares: cuando el Ejército dejó de serle fiel, su poder desapareció. La divergencia militar se originó en el intento del dictador de interferir en los ascensos castrenses. Entre éste y otros desaciertos [caída del valor de la peseta, nueva Constitución que sostenía un parlamente maniatado por un Consejo de Estado al mejor estilo fascista, etc.], la desaprobación de Alfonso XIII -que decidió abandonarlo, ya que su impopularidad afectaba mortalmente a la monarquía- completó la repulsa general. El 29 de enero, tras una consulta al Ejército y la Armada por un voto de confianza que no logró obtener y ante la convicción del desamparo en que lo había dejado el rey, Primo de Rivera presentó su renuncia y se refugió en París, donde a los pocos meses moría, luego de una corta enfermedad.

Asumió entonces, en un gobierno de transición, el general Dámaso Berenguer, conocido por su condena al régimen, quien emprendió la tarea de normalizar la vida institucional, restableciendo la Constitución de 1876 de modo tal que la monarquía no fuese siquiera discutida.

Pero, el camino aparecía lleno de escollos. En diciembre estallaba una rebelión militar en la guarnición de Jaca. Los revolucionarios habían constituido una alianza entre los republicanos radicales de Lerroux, la izquierda catalana y ciertas figuras claves de la futura República como Alcalá Zamora, Azaña, entre otros, con el apoyo de los socialistas, para la instalación de una república que respondía a un mínimo ideario socialista. La ejecución de sus principales gestores deshizo el movimiento, aunque, paradójicamente, significó un triunfo mediato para los conjurados ya que en las elecciones de abril, una considerable masa de votantes se definió a favor de la república lo que a su vez representaba un signo de desaprobación

hacia la monarquía. Un papel nada despreciable en este apoyo creciente a la república, lo cumplieron los intelectuales como Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala quienes integraron el grupo "*Al servicio de la República*" resueltos defensores de este sistema y dispuestos a desacreditar el ideal monárquico. Conjuntamente, el panorama político se distorsionaba con el incremento de estallidos obreros, revueltas estudiantiles y la exigencia de los políticos de renovación de los ayuntamientos, previa a la convocatoria de elecciones.

Bajo estas condiciones, Berenguer se vio obligado a presentar su dimisión. Un nuevo gabinete presidido por Sanchez Guerra, que no atinó a plasmar soluciones, fue sucedido por otro, encabezado por el almirante J. Aznar-monárquico conservador- cuyo gobierno concedió los comicios municipales con la esperanza de apaciguar los ánimos, pero los resultados que comenzaron a conocerse el mismo 12 de abril, daban el triunfo al frente republicano-socialista en las grandes circunscripciones urbanas. El gabinete comprendió el significado de esta votación y adjudicándole carácter de plebiscito, aconsejó al rey que abandonara el país, mientras el Comité Revolucionario -de la frustrada conspiración de Jaca- asumía provisoriamente el gobierno, liderado por Niceto Alcalá Zamora, tras la suspensión del ejercicio del poder real, dispuesto finalmente por Alfonso XIII (14-4-1931).

La Segunda República, ratificada después de las elecciones de Cortes Constituyentes efectuadas en julio, emprende la tarea de modernizar y socializar la nación, cristalizando en parte su proyecto con la aprobación de la Constitución, en diciembre de 1931. Serán las cláusulas referidas al ámbito religioso las que provocarán los mayores embates al gobierno y posibilitarán la concentración de la derecha -inerme y disociada hasta entonces- en un designio común de preservación del catolicismo. La violencia desatada contra Iglesias y conventos, obra de grupos revolucionarios incontrolados, canalizó al tiempo que fortaleció, la hostilidad contra un gobierno pasivo que no supo o no

pudo resistir los alborotos callejeros. No obstante, la República se consagraba a instrumentar un amplio programa de reivindicaciones como el Estatuto Catalán aprobado por la gran mayoría de su población, una legislación social que abarcaba desde la jornada laboral de ocho horas hasta vacaciones pagas y se enfrentó también a la solución del viejo problema de la tierra. La reforma agraria, sin embargo, satisfizo a muy pocos y no logró enmendar la difícil cuestión de los campesinos pobres.

Desde los comicios de diciembre de 1931 hasta el mismo mes del año 33, el gabinete Azaña acomete y cimenta la llamada fase izquierdista de la república, caracterizada por estas iniciativas, pero simultáneamente, por una aceleración de los conflictos, protagonizados tanto por la derecha (pronunciamiento de Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932 con el apoyo de civiles como Maeztu quien, junto con otros colaboradores de Acción Española, fueron encarcelados), como por la izquierda (rebelión anarco-comunista de Casas Viejas, enero de 1933). El gobierno republicano asiste a un incremento de las huelgas y de tumultos descontrolados, provocados en parte, por la agresión declarada de la C.N.T., contraria a toda salida legal y en parte, por los mismos antagonismos de las fuerzas sindicales, divididas internamente, con sectores menos radicalizados, enfrentados a grupos para quienes la revolución era el producto de la temeridad de las masas. Así, muchos de los movimientos obreros tenían como finalidad "mantener en forma" a los trabajadores para la lucha social.

Esta permanente intranquilidad, unida a los procedimientos represivos que debió utilizar el gobierno de Azaña, propició el manejo -por parte de la derecha- de los decepcionados contra una gestión incapaz de mantener el orden público.

Se registra entonces, una proliferación de partidos de derecha que albergaban diversos matices como el que nucleaba a los carlistas con el nombre de Comunión Tradicionalista, organizado en enero de 1932; Renovación Española, fundado en febrero de 1933 y al que se incorpora Maeztu,

para lanzar desde allí, sus más violentas arengas contra las proposiciones de la izquierda y en favor de la unidad contrarrevolucionaria, urgiendo la adhesión de las derechas indiferentes, para impedir el triunfo de las multitudes revolucionarias. Ese mismo año se constituía La Falange y Acción Nacional, conocida después como Acción Popular. Este partido, liderado por Gil Robles, postulaba la defensa de la Iglesia Católica, pero animado de una propuesta social que disuadiera a las masas de la revuelta popular.

Por otra parte, esta atmósfera dislocada se agravaría por la oposición entre los mismos integrantes del gabinete y que hizo fracasar al gobierno, entregado ahora a Martínez Barrio, quien convocó a elecciones para Cortes (noviembre de 1933). Estas disputas internas condujeron a la fractura de la izquierda republicana -la coalición de Azaña- que en los comicios de noviembre fue superada por los votos de la derecha, representada principalmente por la C.E.D.A. (Confederación Española de las Derechas Autónomas), en donde el partido Acción Popular era el más destacado. También los radicales socialistas acumularon un importante caudal de sufragios, lo que les permitió llevar al gobierno a su jefe, Alejandro Lerroux.

Comienza la fase derechista de la república, caracterizándose este ciclo por las componendas partidarias en la conformación de diferentes ministerios, ya que las recientes elecciones no habían determinado un triunfo definitivo para ningún partido. No obstante, las agrupaciones de mayor poder las constituyeron los radicales socialistas y la C.E.D.A. de Gil Robles, quienes se apoyaron mutuamente para formar gobierno. Cuando la alianza no pudo sostenerse más y agudizado el panorama por la intransigencia catalana y el separatismo vasco, se declaró la revolución de las izquierdas en Cataluña y Asturias (octubre de 1934). La convocatoria a todo el país a una huelga general revolucionaria, promovida por la U.G.T., fracasó en el resto de la República, salvo en las dos regiones mencionadas. Especialmente en Asturias, el levantamiento adquirió unos rasgos distintivos y para muchos, notoriamente peligrosos, ya que por primera vez, todas las organizaciones obreras hacían un frente común cuya meta era la

instauración de una república proletaria.

La violenta represión a cargo del Ejército de Marruecos, comandado, entre otros, por el general Franco y Yagüe y que dejó un saldo de alrededor de 1.500 muertos, dividió al país entre los partidarios de uno y otro bando, polarizando dos actitudes cada vez más irreconciliables lo cual simbolizó la antesala de la guerra civil declarada dos años después. Los intentos de configurar gobiernos estables por medio de la unión de los dos partidos mayoritarios, fracasaron debido a la imposibilidad de desarrollar una política constructiva, debilitándose el esfuerzo, que debiera haber sido común, en mutuas rencillas. Pero, sobre todo, el descrédito se extendió ante la inoperancia para dominar los desórdenes provenientes de la derecha como de la extrema izquierda.

Escribiría por entonces Maeztu que la República, luego de casi cinco años de gobierno no se consolidaba y aseveraba, que aunque durase cincuenta años más, jamás se afianzaría, mucho menos, en un mundo que se inclinaba por las soluciones contrarrevolucionarias.

Entre tanto, se presenciaba el surgimiento de un frente único de todas las izquierdas, primero, con la coalición de la izquierda republicana seguida de la unión del sector socialista. No ocurría lo mismo en el seno de la derecha, en donde la figura de Gil Robles, desacreditado, hacía imposible la constitución de una agrupación común, ahora fraccionada por la pretensión de Calvo Sotelo de sustituir a Gil Robles en la alianza derechista a través del Bloque Nacionalista. Sin embargo y a pesar de estas dificultades, la derecha participó en la puja electoral como una sola fuerza, pero que no consiguió derrotar al Frente Popular que obtuvo el triunfo en las elecciones de febrero de 1936, convocadas luego de frustrados intentos por establecer gobiernos competentes. Pese a que esta victoria no era absoluta, puesto que la derecha acrecentó su caudal respecto de los comicios de 1933, en la práctica, el resultado de esta convocatoria popular, anticipó el reparto geográfico del enfrentamiento civil entre "nacionales" y republicanos.

Durante el período que se prolonga desde febrero

hasta el alzamiento de julio de 1936, España estuvo gobernada por la coalición de izquierda, donde la representación republicana absorbió todos los cargos con Azaña como presidente, excluyendo a los socialistas del gabinete, según lo estipulado por el acuerdo preelectoral. Esta determinación ahondó aún más las diferencias entre los socialistas de Prieto, que no esperaba nada de la revuelta popular y el sector de Largo Caballero (U.G.T.) para quien la colaboración con el régimen republicano generaría el fin del socialismo. Por otro lado, se intensificaba la atmósfera de guerra civil en estos meses previos al levantamiento, con la exacerbación de los conflictos laborales, la violencia en las calles, las concentraciones populares y las confrontaciones partidarias. Paralelamente a estos desafíos de la izquierda, se contemplaba el empuje de las fuerzas más significativas de la derecha -Falange, Tradicionalistas, Bloque Nacional, Renovación Española- para quienes la contrarrevolución era el único objetivo compartido. Convenía, la mayoría, en repudiar las fórmulas del liberalismo y todos deploraban los postulados socialistas, aunque escasamente participaban en un programa solidario. Tradicionalistas y Renovación Española no se ponían de acuerdo con sus respectivos pretendientes. Calvo Sotelo, si bien era monárquico, aspiraba a la implantación de una monarquía renovada -filofascista- que terminó por conseguir el apoyo de Renovación Española. Los falangistas proponían la formación de un estado autoritario y corporativo, renegando del parlamentarismo y en firme hostilidad a los planteos socialistas. Intentó atraerse a los trabajadores, pero sólo penetró en los círculos universitarios.

Así como en diversas esferas de la vida civil había madurado la idea de un complot, también tomó cuerpo en algunos sectores del ejército, aunque tampoco aquí se advertía un concenso generalizado sobre el carácter del futuro gobierno. En lo que sí armonizaban especialmente los oficiales de alta graduación, y que sirvió de nexo para compatibilizar opiniones encontradas, fue en el empeño de establecer un gobierno de orden, sin precisar que para algunos, el camino era la Falange, para otros, la restauración monárquica y para muchos, poco importaba la natura-

leza del próximo régimen. Pero una vez decidida la participación castrense, la revuelta tuvo entonces real posibilidad de alcanzar la victoria.

A pesar de las precauciones tomadas por el gobierno -atento al descontento militar- de cambiar y dispersar los destinos de los principales generales implicados, la conjura quedó planteada antes de sus partidas, entre Franco, Mola y Valera.

El asesinato de Calvo Sotelo precipitó la sublevación militar, al poner de manifiesto la magnitud del caos y el desconcierto, junto a la ineficacia gubernamental frente a los desmanes. El deseo explícito de los conjurados por controlar la violencia, generó a su vez, el desencadenamiento, como contrapartida, de otra violencia, tan desmesurada e intolerante como la primera. En los primeros días y después de haberse establecido la España "Nacional" y la republicana, se desata una incontenible oleada de disturbios, protagonizada principalmente por agitadores extremos, que en muchos casos actuaban por su cuenta y sin el patrocinio del gobierno, desvirtuando cualquier intento de éste por refrenar la revolución en las calles.

En el medio de este clima exasperado, Ramiro de Maeztu, paladín de la contrarrevolución, era capturado por los representantes de la República y a los pocos meses, en la mayor reserva, era silenciado para siempre.

II. Análisis sistemático de la obra

Abordaremos en este capítulo el análisis de la obra completa de Maeztu con el empleo de un esquema teórico que pretende sistematizar su pensamiento. Dicho marco analítico parte -en un primer momento- del reconocimiento de por lo menos tres esferas, en el plano de las ideas, que sustentan la doctrina del autor y constituyen el soporte filosófico de su programa: la primera se refiere a su concepción histórica, la siguiente indaga sus reflexiones antropológicas, y la tercera, examina sus preocupaciones epistemológicas.

Una segunda instancia metodológica comprende la visualización de dos dimensiones que apuntan al esclarecimiento, por un lado, del modelo de sociedad patrocinado por el escritor, y por el otro, del antimodelo, o sea, el conjunto de elementos cuestionables que él considera deben ser despojados de toda sociedad que aspire a una transformación sustancial. Esta etapa representa el núcleo medular de las argumentaciones del pensador, ya que corporizan su ideario positivo y negativo.

El bosquejo se completa con un tercer paso que incluye dos niveles de clarificación que dilucida el primero, las sugerencias específicas que agilizarán el cambio de una a otra sociedad, es decir, qué propuestas concretas ofrece el autor para acelerar el traspaso al ideal preconizado. El segundo nivel identifica el período de transición, con el registro de sus peculiaridades y el tiempo aproximado que requerirá vehiculizar la transferencia a la sociedad arquetípica.

La utilización de este diseño permitirá un estudio estructural de las ideas de Maeztu y en especial, contribuirá a deslindar los presupuestos básicos, categorizándolos y adjudicándoles un nuevo orden, que involucrará una mayor comprensión y transparencia de los textos.

Comenzaremos entonces, por explorar en su obra el sustrato filosófico de sus argumentos, a través del examen de las tres facetas anteriormente indicadas, reparando que dichos presupuestos históricos, antropológicos y epistemológicos que por razones metodológicas serán analizados en forma separada, se hallan en íntima conexión, configurando todos, un aspecto de su planteo global.

a) ¿Cuál es el concepto de historia que subyace en sus escritos? ¿qué datos son los que instrumentan el cambio? ¿Acepta la consideración histórica fórmulas metahistóricas?

Para Maeztu, la historia es la ciencia primordial, "faro de la humanidad". Es la depositaria de toda la experiencia humana y es en la búsqueda de respuestas a los requerimientos del mundo cotidiano, que Maeztu se vuelve retrospectivo del pasado, única voz detentadora de la verdad. En ella, en la historia, identifica a la historia

de España como la más digna del acontecer universal. La obra realizada por los españoles, en su etapa más fructífera de los siglos XVI y XVII, no ha sido ni siquiera equiparada por nación alguna en el curso del desarrollo histórico. Esta supremacía la ha adquirido, no sólo por haber planetarizado la civilización cristiana entre todos los pueblos y razas que estuvieron bajo su dominio, sino porque hizo mucho más, prodigó la concientización de "la unidad moral del género humano". Ningún otro estado ha logrado assimilar, amalgamar a su propia civilización, las razas que tuvo sometidas.

"Estas cosas no son agua pasada, sino el ejemplo y la guía en que ha de inspirarse el porvenir".¹

¿En dónde ubicar, por lo tanto, modelos concretos que orienten a los pueblos y en especial al hispánico, para encarar con sabiduría los problemas que los aquejan? Desdeña las experiencias de los pueblos europeos, que aún no se recuperan de los horrores de la gran guerra, enfatizando que el único consejo que merece ser escuchado por la hispanidad, es el que proviene de su misma historia.

"¿Cuál no será entonces la sorpresa de los pueblos hispánicos al encontrar lo que más necesitan, que es una norma para el porvenir, en su propio pasado, no en el de España precisamente, sino en el de la Hispanidad en sus dos siglos creadores, el XVI y el XVII?"

"Y en este punto se convierte en sencilla verdad la paradoja de que el porvenir de los pueblos depende de su fidelidad a su pasado".²

En estos pasajes, el autor aprovecha para cuestionar viejos conceptos de su obra "*Hacia otra España*", donde preconizaba, como ya vimos, que España fuera otra, sin

1 Maeztu, Ramiro de. Defensa de la Hispanidad. Bs. As., Poblet, 1945 p. 112.

2 Ibidem, p. 187-7.

percatarse -admite en "Defensa de la Hispanidad"-que "para aumentar la fuerza no hay que cambiar; sino reforzar el propio ser".

También encara la problemática en torno al esclarecimiento del verdadero motor de la historia, preocupación que desarrolla en forma de artículos, especialmente en la revista Acción Española. En ellos analiza las teorías de Nicolai Hartmann sobre filosofía de la historia a las que explícitamente se adhiere. En líneas generales, su pensamiento aglutina en una doctrina ecléctica, el idealismo de Hegel, el materialismo de Marx y sus propias convicciones religiosas.

"La verdad es que la historia deberá considerarse desde arriba, desde abajo y desde el medio. Y ello porque el mundo de la historia como el universo entero, se compone de distintos planos, y estos planos no están relacionados de tal modo que las leyes de cada uno estén determinadas exclusivamente por las del otro, sino que cada plano se desenvuelve con arreglo a sus propias leyes o categorías peculiares."³

Es decir, que la historia se mueve en diversas dimensiones que si bien responden a leyes que les son propias, no escapan a la interferencia de los otros planos, que constituyen todos, el ámbito de la Historia. Por eso, no cree, como Hegel que la única causa del proceso histórico sea el espíritu objetivo como una esencia suprahumana con normas propias, ajenas totalmente a las coyunturas específicas de una época o a los condicionamientos de un espacio. Tampoco comparte las afirmaciones de Marx sobre la causa del devenir histórico, monopolizada por las relaciones conflictivas de la propiedad y la producción. Reconoce en cada una de estas posturas un aspecto que contribuye a la dinámica histórica pero no lo conforman, puesto que para Maeztu el verdadero motor de la historia lo constituye el espíritu del hombre, el libre albedrío, o lo que es lo mismo, la libertad metafísica.

³ Maeztu, Ramiro de. Ensayos. Bs. As., EMECE, 1948. p. 165.

"Nuestro Señor vino al mundo a confirmarnos en la fe que es la base de nuestra fe cristiana, la fe de que tenemos un espíritu que participa de los caracteres del Espíritu divino y es capaz de ejercer funciones creadoras y tener libertad, y es el eje del mundo porque la historia es obra suya; esta fe tiene por prueba toda la cultura y la civilización y la transformación de la paz de la tierra por la mano del hombre y el testimonio de nuestra conciencia".

Veamos ahora su opinión acerca de si puede verificarse una presencia suprahumana en el desenvolvimiento de la historia. Es obvio que Maeztu cree firmemente en la existencia de Dios pero no aflora de sus escritos, sin embargo, un fatalismo providencialista, sino que por el contrario, remarca insistentemente la libertad del hombre y su exclusiva responsabilidad en la marcha del acontecer histórico.

b) Enfoque antropológico

El hombre, genéricamente, es para Maeztu una prolongación de Dios. Participa a través de las particularidades de su espíritu de la esencia divina. Y de esa espiritualidad humana fluye otro concepto primordial de su postulado antropológico, la igualdad, que sólo es posible entenderla en el trasfondo de la libertad metafísica.

"En esta libertad metafísica o libre albedrío todos los hombres son iguales. Pero esta es la única igualdad que con la libertad es compatible. La libertad política favorece el desarrollo de las desigualdades".

"Decir que los hombres son iguales es tan absurdo como proclamar que lo son las hojas de un árbol. No hay dos iguales".

"Si tiene ese sentido es porque los hombres son

4 Ibidem, p. 208-205.

iguales en punto a su libertad metafísica o capacidad de conversión o de caída. Esto es lo que hace sujetos de la moral y del derecho".

"Pero fuera de esta común capacidad de conversión, no hay ninguna otra igualdad entre los hombres".

"La fraternidad de los hombres no puede tener más fundamento que la conciencia de la común paternidad de Dios."⁵

Esta capacidad de conversión o caída que naturalmente tienen todos los hombres sin distinción de razas, países o culturas, es el único elemento nivelador entre los seres humanos. De esta creencia en la igualdad esencial del género humano -la misma defendida por el humanismo español- procede la exclusiva posibilidad de salvación y perfeccionamiento, así como de mejoramiento social. Y este pensamiento sobre el hombre no es sino la doctrina de la Iglesia Católica. Las implicancias políticas e ideológicas están a la vista pero serán tratadas en el apartado correspondiente al planteo positivo y negativo.

Las peculiaridades del espíritu humano que materializan las características del Espíritu Divino, lo distinguen y lo elevan por encima de las otras criaturas de la tierra. La naturaleza de su alma y por ende de sus capacidades, ha forjado las múltiples obras de la civilización, realizadas solamente por ese fenómeno singular que es el hombre.

c) Concepto epistemológico

Desde la época de sus cursos sobre Kant, Maeztu defendió la teoría epistemológica de su maestro, Nicolai Hartmann, donde también se advierte la huella de Santo Tomás a través de la influencia de Maritain.

Distingue lo conocido de la acción de conocer, pero organizado de acuerdo a las categorías de pensamiento. Ese conocimiento, aunque no incorpora, no capta el ser mismo de la cosa en sí, de la cosa conocida, necesita de

5 Maeztu, Ramiro de Defensa, ob. cit., pp. 94-97.

la cosa conocida, exige la presencia de esa realidad que no es espíritu. En esa relación -que es el conocimiento- las cosas no se deforman, quedan intactas, pero lo que sí se modifica es el espíritu del que conoce, obteniendo en cada acto un grado mayor de perfeccionamiento. Este estadio superior al que sólo el hombre puede aspirar, únicamente es posible por las particularidades de su espíritu, que comparte -ineludiblemente- las formas eternas y divinas. Si la mente humana es capaz de pensar en dimensiones suprasensibles, no cabe duda -asegura Maeztu- de que lo hace por estar en contacto con ellas. Es más, sucede sólo porque el alma es una manifestación de la Inmaterialidad con mayúscula, que no es sino Dios: "conocer...es perfeccionarse", es el vehículo de la existencia individual hacia lo divino, la alternativa más válida para la superación de la propia conciencia pecadora. Y en este punto, las reflexiones epistemológicas confluyen con su doctrina antropológica e histórica: la imperfección, que también forma parte esencial del hombre, puede y debe ser aventajada en virtud de la propia capacidad de conversión. Y en el curso de esta libre búsqueda de perfección, el hombre protagoniza el papel de primer actor en la marcha de la historia.

2) Ideario positivo y negativo

Ahora sí, en función de estos argumentos, que nos han permitido visualizar la plataforma filosófica de Maeztu, es factible emprender el esclarecimiento del paradigma social por él promocionado, así como del antimodelo, o sea, el conjunto de instituciones y creencias sobre las que se ha edificado la sociedad actual, desconcertada y en permanente acecho, y que deben ser suplantadas por la incorporación de nuevas pautas cuyas raíces se encuentran en la historia de la Hispanidad.

Empezaremos por examinar en sus escritos, los rasgos de la sociedad en la que habita y donde advierte un cúmulo de situaciones repudiables, desde sus orígenes, que han enajenado la realidad y defraudado los anhelos

de la mayoría. Según Maeztu, el cambio habrá de producirse a través de un período de transición y con la adopción de diferentes medidas que conducirán al establecimiento definitivo de la sociedad ideal.

a) Antimodelo social

Sus preocupaciones sobre los aspectos negativos del entorno social con el que convive, se hallan -persistentemente-a lo largo de toda su obra, sin un orden expreso y entremezcladas con sus proyectos renovadores y será por tanto nuestra, la labor de reorganización y sistematización.

¿Cuándo se inicia, en la historia de España -que es la que lo obsesiona- este proceso de desaliento y fragmentación nacional? Para Maeztu, la raíz de la descomposición española, como universal, se encuentra en el espíritu del hombre del Renacimiento cuyo error capital fue el haber perdido la conciencia de vivir en pecado. Y el Humanismo, al deplorar esta realidad inherente al ser humano, y por el contrario, al insistir en su postura antropocéntrica, desencadenó la serie de crisis que sufren los hombres desde la Edad Moderna. A partir de entonces, el hombre, considerado centro del universo, precipita la ruina y el engaño: sin limitaciones espirituales, niega su propio ser, el yo pecador y rechaza las esencias superiores como el Bien, la Verdad, el Amor.

Más tarde, durante la Ilustración, se difunden las ideas de igualdad, libertad, fraternidad, pero basadas erróneamente -asegura- en principios subjetivos. El humanismo español había proclamado también estos postulados pero en una dimensión conceptual muy diferente. La única igualdad posible sólo podía provenir de la libertad metafísica o capacidad de conversión o caída. En aquel siglo XVIII -reitera- "se nos perdió la Hispanidad". La época de las luces, con sus principios y la Revolución francesa con la globalización de ellos, impulsan así, la etapa de disolución espiritual, que se ha ido incrementando desde entonces y que han producido los dos sistemas ideológicos

que la Era Contemporánea ha entronizado: el liberalismo y el socialismo. Uno y otro, por sus fallas congénitas, no han podido, ni podrán -diagnostica- suministrar alivio a los padecimientos actuales, ni instrumentar las pautas para innovar las sociedades y recuperarlas de la angustia en que se encuentran.

Maeztu será, desde su tribuna periodística, el incansable detractor de las ideas liberales en sus aspectos económicos, en sus formas políticas, en sus fundamentos jurídicos.

El sufragio universal -afirma- alberga la mayor de las injusticias al posibilitar a las masas incultas, la toma de decisiones fundamentales que afectan a una sociedad: la voluntad general hace que los que decidan sobre la Iglesia son los extraños a ella, sobre la cultura, los analfabetos, sobre la propiedad, los que no tienen nada.

"Diríase que el sistema [de sufragio universal inorgánico] fue inventado para acabar con todas las instituciones de la civilización, sometiéndolas todas ellas sucesivamente al fallo de individuos ignorantes de las razones de su necesidad y dispuestos a creer toda clase de calumnias adversas".

y son los partidos políticos los que encarnan las divisiones y

"no hay manera de evitar que las hagan [a las elecciones] los partidos, en tanto que los partidos sean consentidos"⁶

De igual modo, insiste en descalificar al parlamento la capacidad legislativa, ya que ni antes, ni ahora

"es propio para legislar, porque la legislación no

6 Maeztu, Ramiro de. Frente a la República. Madrid, Ed. Salamarán 1956 (26-XII-33), p. 162.

es función de la voluntad, sino de la inteligencia especializada."⁷

"La democracia es un sistema que no se consolida sino a fuerza de repartir entre los electores destinos y favores hasta que produce la ruina del Estado [engañando] previamente con promesas de imposible cumplimiento o con la calumnia sistemática de los antiguos gobernantes".⁸

El régimen representativo contribuye al aumento constante del gasto público con el incremento continuo de empleados estatales, futuros electores y "más secuaces de los partidos gobernantes".

Este estado, de raíces republicanas, -sostiene- termina por absorber todas las fuerzas de la sociedad transformando su poder en omnipotente y conduciendo a la situación límite que se atraviesa en la actualidad en la que "...no hay quien nos proteja contra el estado que debe protegernos."⁹

Y mientras subsista el régimen representativo proseguirán creciendo los presupuestos estatales, al tiempo que seguirán disminuyendo "los beneficios del comercio, la industria, de la agricultura...".

"Todo el ideario rusoniano que ha hecho prevalecer la democracia y el sufragio universal se funda precisamente en esta creencia de que el salvaje es superior al civilizado... De ello se dedujo que no hace falta que pasen los hombres por universidades para que sepan gobernar, que el juicio de cualquier analfabeto vale tanto como el del mejor cameralista..."¹⁰

7 Ibidem, 13-II-32.

8 Maeztu, Ramiro de. Defensa, ob. cit., p. 105.

9 Ibidem, p. 182.

10 Ibidem, 188-9.

Por su lado, el liberalismo económico también es desacreditado por Maeztu tanto en sus fundamentos como en los estados que lo representan. Preanuncia -y se equivoca- la "inminente quiebra" de la administración norteamericana, que a pesar de los esfuerzos de Roosevelt, no ha logrado detener el paro progresivo de millones de obreros, ni instrumentar el cobro de sus préstamos europeos ni de sus ventas de productos. Asimismo considera que, los sistemas británicos, francés y alemán, con la aplicación de los estereotipos norteamericanos, han estrangulado sus economías, fomentado el paro y acrecentado sus déficit.

Estas afirmaciones de Maeztu son el resultado no sólo de sus más íntimas convicciones sino también reflejan el espíritu de la época, puesto que fueron escritas en la década del veinte y comienzos de la siguiente, cuando todo parecía indicar que las propuestas del ideario liberal ya no respondían a los requerimientos de una comunidad, en particular la europea, cuya economía había sido distorsionada -y en algunos casos destrozada- por la guerra. Por ello pudo ver en las realizaciones de los regímenes nacionalistas de Italia y Japón la posibilidad de un futuro más alentador para la humanidad ya que sometían las conveniencias privadas al interés supremo del estado y proscribían para siempre la lucha de clases. No creía, sin embargo, que estos "movimientos totalizadores" hubieran alcanzado los más óptimos resultados, aunque en la comparación con los gobiernos liberales, los hubiesen superado ampliamente. El caso alemán -ya Hitler es canciller cuando Maeztu escribe su artículo sobre las dictaduras, en agosto de 1935- le parecía elogiable pues según él, el mejor criterio para juzgar a un gobierno es aquel que evalúa sus resultados en relación al grado de rudeza que aplica: cuanto mayores beneficios obtenga con el mínimo de violencia, tanto mayor será su bondad. Y en esta situación, piensa Maeztu, se halla la administración nazi. Probablemente desconociera al igual que el mundo, la ferocidad de sus métodos, vedado aún su testimonio al reconocimiento general.

En relación a las bases del liberalismo económico asegura que éste se funda en dos principios erróneos que

comparte con el socialismo:

Primero que toda la riqueza procede del trabajo, y segundo, que en la economía de las sociedades ha de reconocerse la primacía del motor egoísta."¹¹

y fue Adam Smith quien soltó las riendas de los egoísmos y desde entonces se ha perpetuado la explotación del hombre por el hombre:

"El liberalismo económico fue la causa de la explotación del hombre por el hombre, y tuvo que surgir el socialismo como justa protesta contra la explotación, si bien acabó por proponer remedios peores que la enfermedad, como la lucha de clases y la dictadura del proletariado"¹²

La revolución rusa y los empréstitos norteamericanos son, de acuerdo a Maeztu, los dos grandes espejismos de la actualidad. Para la masa proletaria, los inmigrantes desprotegidos y los hombres de color, la primera. Para los políticos y clases dirigentes, los segundos. Sin embargo, el capitalismo -sostiene- ha entrado en una profunda crisis, que se inició con el crack de la Bolsa de New York -1929- y en los tiempos que corren (redacta estas notas en mayo de 1935), esta convulsión se ha globalizado, involucrando a los principales países del planeta en un enfrentamiento que ya no se limita sólo al plano comercial, sino que implica una competencia militar que todavía se mantiene en la etapa de acaparamiento de armas, pero que presagia -y en esto acierta- una confrontación bélica internacional para dentro de no mucho tiempo.

"Hoy se ha desvanecido la ilusión que había puesto

11 Maeztu, Ramiro de. Frente a la República, ob. cit., 28-5-33, p. 173.

12 Ibidem, 28-5-33, p. 175.

el mundo en el ideal librecambista. Los países principales vuelven la mirada a regímenes de autarquía".¹³

Este deterioro de Occidente no es pasajero, sino, -insiste- definitivo, porque es el propio ideal el que ha naufragado.

Según Maeztu esta es la realidad que lo rodea: la decadencia del liberalismo, fundado en el principio del interés individual que ha desconocido la noción de justicia social, y el fracaso, no menor, del enfoque contrario, el socialismo, que en su búsqueda por satisfacer las reclamaciones sociales, ha desencadenado el desorden y el antagonismo popular.

Esta frustración de hoy, sin embargo, espolea a los hombres que dirigen el mundo, al encuentro de una propuesta que contemple ambos principios -el individual y el social- y en la cual, apunta Maeztu, habrán de inspirarse los gobiernos futuros.

Veamos ahora sus opiniones sobre el socialismo, algunas de las cuales acabamos de anticipar. Considera las vías sugeridas por esta doctrina, nefastos para el desarrollo de las sociedades, aunque admite como legítimo el origen de este pensamiento: la promesa de un porvenir mejor para las multitudes asalariadas y desprotegidas en el sistema capitalista, ante la explotación sin límites de las clases superiores. Por lo tanto, el principio de justicia social que invocan los socialistas es plenamente justificado, no así la metodología patrocinada por ellos: la lucha de clases y el establecimiento de la dictadura del proletariado.

Rusia es la promesa de la revolución pero "la revolución por sí misma, es un continuo empeoramiento"

"[...] el sueño socialista [...] se desvanece ante el ejemplo de miseria que la Rusia de los soviets ofrece al mundo."¹⁴

13 Maeztu, Ramiro de. Defensa, ob. cit., p. 299.

14 Ibidem, p. 179.

No solamente nos defrauda el régimen comunista que hoy conocemos -subraya Maeztu- sino también sus mismos fundamentos. Sostiene que el materialismo marxista presupone "como hechos naturales la unidad y fraternidad del género humano", despojando al hombre de la única igualdad posible: la capacidad de conversión o caída. De este modo, en su esfuerzo por imponer su ideal igualitario, como parte de una base falsa, sólo le queda el camino de emprender sus cambios aplicando los más diversos métodos terroristas. Cree que en esta teoría existe también un humanismo, puesto que procura instituir la igualdad de los hombres en la tierra pero equivocadamente, ya que pretende establecer la igualdad de los cuerpos, como si esto fuera posible.

"Ahora sabemos, con el saber positivo de la experiencia histórica, que ese sueño comunista no ha podido realizarse. La desigualdad es esencial, en la vida del hombre: no hay más rasero nivelador que el de la muerte."¹⁵

Su temor por el estallido de un nuevo conflicto mundial se acrecienta, ante la convicción de que este litigio será aprovechado por los revolucionarios izquierdistas para implantar, en medio del caos, sus postulados marxistas.

El entorno que lo envuelve, el de la España republicana de corte izquierdista, es el que debe ser desplazado y contra el cual se concentren las fuerzas contrarrevolucionarias que malogren y acorralen las metas sediciosas de la República. El antimodelo de sociedad convive con Maeztu. Se encuentra entronizado en su propio suelo. Es para él, la representación del mal y contra el que convocará todas las resistencias en un gran combate que arrase con el credo republicano e instaure un nuevo régimen capaz de extirpar los desórdenes de la extrema izquierda, por un lado, y por otro, de potenciar las derechas insensibles y temerosas. Pues, -denuncia- "esta vez ya no es un régimen lo que peligrá, sino la vida de cada uno de nosotros."¹⁶

15 Ibidem, p. 64.

16 Maeztu, Ramiro de. Frente a la República. ob. cit., 22-11-33 p. 238.

A pesar del desosiego que le inspira la República y del trastocamiento, que piensa, ha provocado en la vida española, está convencido del fracaso de este ensayo, que contribuirá, por otra parte y sin pretenderlo, a desilusionar antiguos partidarios y a desmitificar el ideario republicano:

"Mucha gente se dijo: "Pues que vengan los republicanos y a ver si así tenemos paz"; "y no la hemos tenido. Todos los días hay atracos, atentados, huelgas generales y violentas."

"La economía nacional está en ruinas. El balance se salda en pura pérdida. En el activo hay que apuntar el hecho de haberse realizado una experiencia".

"Los engañados son bastantes".

"Nuestros adversarios no esgrimen ya ideas, sino ideas en las que creyeron nuestros antepasados, pero en las que el mundo ya no cree." ¹⁷

Vaticina, persuasivamente, que la gestión republicana, que se encuentra en el poder hace cinco años, "podrá llevar cincuenta, pero aunque dure otros quinientos, no se consolidará".

La contienda es abierta y crecientemente agresiva. Los motivos en fricción y los aspectos divergentes han quedado ya planteados. ¿Cuál es entonces, la sociedad ideal que invoca Maeztu y cómo estima poder alcanzarla, es decir, qué metodología será indispensable, instrumentar para coadyuvar a la cristalización del modelo por él patrocinado?

b) Modelo de sociedad

Iniciaremos el análisis de esta sección, puntualizando las características de la sociedad arquetípica postulada por Maeztu, para continuar, seguidamente, con los mecanismos que identifica imprescindibles en el proceso de transformación de una a otra sociedad.

¹⁷ Ibidem, 13-4-34, p. 250-254.

Conceptualizó reiteradamente en diferentes publicaciones, sus ideas sobre el prototipo social que salvaría no sólo a España de la disolución, sino también al mundo entero, retomando en esta tarea el tradicional empeño de la monarquía española.

Sus juicios al respecto se hallan comprendidos en la obra de su madurez, *"Defensa de la Hispanidad"* aunque también, muchas de sus opiniones -con un marcado tinte combativo- aparecen en incontables artículos periodísticos de la etapa más dinámica, desde el punto de vista político, de su vida.

Ese perfil social, ratifica, no es necesario construirlo, ni siquiera imaginarlo, sino simplemente recrearlo; ahí está: en el pasado español.

La tarea comenzada por el Humanismo -paradójicamente, de deshumanización del hombre, al pretender nivelar por igual a todos los seres humanos- se ha agravado con el paso del tiempo y ha desembocado en la crisis del estado actual que ha implantado el régimen de las mayorías y de las minorías, "que es la mayor de las tiranías". Tampoco las soluciones predicadas por el socialismo, en el que ve la consumación del espíritu revolucionario iniciado con Rousseau, han demostrado mayor idoneidad, ni los defendidos últimamente -anticipa- por los gobiernos autoritarios de Italia, Alemania o Japón, puesto que son regímenes transitorios, no perdurables. Sin embargo, por el sólo hecho de haber restablecido el orden y la autoridad, emerge de ellos una más amplia confiabilidad. Por eso, afirma, la única opción que queda es la de revivir la estabilidad alcanzada durante la Edad Media hispánica. Se materializa así, la figura de Maeztu como una de las principales personalidades mentoras de la contrarrevolución, al priorizar la restauración de una época pasada, con sus valores y creencias, recuperando incluso, sus pautas socioeconómicas y políticas. Para él, contrarrevolución simbolizaba la restitución de un espíritu, el de la hispanidad.

b 1) Aspecto político:

Dentro del marco de la dimensión política, Maeztu enfatiza la necesidad de restablecer la unidad de la cristiandad, edificando el nuevo molde sobre la fusión de dos poderes: el poder espiritual con el temporal. Aún más, entiende que ese poder terrenal, amalgamado al espiritual, debe verificarse en una relación de subordinación en la que los gobiernos supediten, sustenten su accionar, a los ideales generados en el plano del espíritu. Y para él, la encarnación mundana de los grandes principios no es sino la Iglesia Católica.

"(...) permanente vigía del reino del espíritu, la Iglesia es al mismo tiempo el mejor centinela de la tranquilidad, la dicha y el progreso de los estados temporales (...) porque es ella (...) la que consagra a los reyes y les recuerda su deber de proteger al desvalido (...) [y] modera sus excesos (...) estimula todos los progresos al fomentar sus tendencias superiores (...). Por eso no hubo nunca un gobierno que encontrara mejores servidores que la antigua Monarquía española, mientras se mantuvo fiel a su ideal misionero".¹⁸

La mejor forma de gobierno es la monárquica, pero al estilo tradicional hispánico, que aglutinó la instancia política con la espiritual, en la realización de la gran empresa misionera. La existencia del gran proyecto evangelizador emprendido por la monarquía española en el siglo XV, le confirió a ésta la nota distintiva, distanciándola y sublimándola del resto de las experiencias monárquicas. Y en las circunstancias presentes -prosigue- se ha actualizado el rol apostólico de la vieja España, también como estado predicador, pero de nuevo cuño:

"Ahora tenemos que evangelizar a esas multitudes revolucionarias y ganarlas para España y para la

¹⁸ Maeztu, Ramiro de. Ensayos, ob. cit., p. 252.

civilización, por el amor y la enseñanza y la solidaridad social" 19

"Para los españoles no hay otro camino que el de la Antigua Monarquía Católica, instituída para el servicio de Dios y del prójimo".²⁰

Conviene recordar que su fórmula monárquica se halla lo más lejos posible de la forma parlamentaria, puesto que las autoridades deben admitir que sus poderes los han recibido de Dios, de tal manera que reconozcan su dependencia con lo divino, que coarte todo intento tiránico, les infunda designios superiores, animándolos a proteger a los débiles, en suma, les persuade de la plena ascendencia espiritual sobre la naturaleza humana. Si bien cree que la continuidad y el orden sólo provienen del régimen monárquico con estos rasgos, sugiere, que para que éste sea bueno, ha de dar participación al pueblo en el gobierno. Pero no explicita en ninguno de sus escritos el mecanismo que mediatice tal insinuación. En realidad -concluye- el problema del poder, es ante todo más que una cuestión jurídica, un hecho histórico.

"El poder mayor lo tiene el que lo tiene, y se acabó la cuestión. Hay individuos y clases sociales que tienen más poder que otros."²¹

La legitimidad de la función regia no la discute, la da por hecho, como una cualidad inherente a su potestad. Convencido de la crisis por la que atraviesa no sólo España, sino la civilización actual, hace hincapié en proponer

19 Maeztu, Ramiro de. Frente a la República. ob. cit., 1-1-35, p. 125-6.

20 Maeztu, Ramiro de. Defensa, ob. cit., p. 300.

21 Maeztu, Ramiro. La crisis del humanismo. Bs. As. Ed. Sudamericana, 1951, p. 268.

"que el remedio consiste en restaurar un Estado autoritario...", pues -subraya- "el principio de herencia es superior al de elección" lo que ha quedado demostrado en la historia universal. Y utilizando una analogía de José M. Pemán, confirma este precepto cuando manifiesta que los maridos se eligen y frecuentemente son malos, mientras que los padres no se eligen y generalmente resultan buenos. De lo que se deriva que el mejor gobierno es el del padre. La autoridad de la monarquía se distingue de los otros poderes porque no se subordina a ninguna clase social, sino por el contrario, se eleva sobre todas ellas ya que su poder no le fue otorgado por ningún sector; y esta situación privilegiada le permite distribuir justicia sin sentirse comprometido a clase o grupo alguno.

b. 2) Aspecto social y económico

Por otra parte, la monarquía católica también garantiza la mejor solución para el problema social. Si bien considera ineficaz la propuesta de los regímenes socialistas, que olvidan una realidad insoslayable como es la del interés individual, tampoco cree en la fuerza ilimitada de este interés, que debe supeditarse, dice, al bienestar de los demás hombres. Tanto el liberalismo como el comunismo en sus formas absolutas, no han alcanzado con éxito sus propósitos, aunque la sociedad requiera tanto de individuos como de estado para subsistir. La tarea debe enfocarse, entonces, en la búsqueda de un sistema que los cobije a ambos, pero que al mismo tiempo los supere, les imprima ideales supremos, confiera pautas de acción por encima, tanto de los egoísmos privados, como de los estatismos asfixiantes. "La tradición española lo encontró en la Teología". "¿y qué remedio sino volver a ella?"²²

La restauración de los antiguos gremios, adaptados a las nuevas circunstancias tecnológicas, implica, en el

²² Maeztu, Ramiro. Frente a la República. 28-5-33, ob. cit., p. 176.

plano social, para Maeztu, la resolución de las injusticias basados -los gremios-, como antaño, en los principios cristianos, moderadores de los abusos personales o institucionales. Por ello es imprescindible, afirma, "restablecer todas las jerarquías, empezando por la jerarquía de la religión en la sociedad y en el estado", como antídoto eficaz contra la revolución: "o la cruz o la hoz y el martillo".²³

El emblema de este estado católico, cuya fortaleza deviene de la fe, materializada en obras, se funda en los conceptos revitalizados de "servicio", "jerarquía" y "hermandad", que se enfrentan a las ideas de la revolución, de libertad, igualdad y fraternidad. La única jerarquía concebible es lo que procede del servicio -aclara Maeztu- y ambas nociones simbolizan la divisa de toda aristocracia que se nutre, asimismo, del otro concepto, el de hermandad, también de raíz hispánica.

Estas consideraciones fueron ampliamente elaboradas en su libro "*La crisis del humanismo*" donde defiende la estabilidad social alcanzada en la Edad Media, debido a la existencia de las corporaciones.

Aquí el planteo social entra en contacto con la problemática económica. El hombre medieval -sostiene- disfrutaba sólo de los derechos que emergían de su propio gremio y cuanto mejor era su producción, tanto mayor eran sus derechos. Pues los hombres se unen a través de las cosas que les son comunes. Y son los valores de esas cosas las que deben gobernar a los hombres. Desarrolla así, la teoría de la primacía de las cosas: "*Valgo por lo que produzco*". Fueron los gremios -especifica- quienes reconocieron las diferencias individuales así como el elemento común que nivela las singularidades, ya que solamente en tales asociaciones se puede coartar con eficacia, el poder de los individuos. Y lo puede hacer porque su organización es jerárquica, vigilando cada jerarquía sus poderes y los ajenos, sus salarios, tanto los superiores como los inferiores. Por el hecho de que los miembros de un gremio

23 Ibidem, 26-10-34 p. 276.

se asocian en una cosa, en una función, ésta se retribuye según el mérito de quien lo hace, así como de la importancia de esa función. La legitimidad del derecho proviene, por tanto, de la función que cumple. Dentro de esta misma línea, corrobora los conceptos de León Duguit sobre la doctrina objetiva del derecho, para quien los derechos se derivan de la función -o misión- que cumplen como obligación social. De esta manera, una sociedad funcionalista, se organiza por medio de la distribución de todas las funciones económicas entre las distintas clases sociales, impidiendo de tal modo, la supremacía de una clase sobre las otras y alcanzando el estado ideal de equilibrio, entre los diferentes sectores sociales. Y quien realice mejor su tarea en relación con la comunidad -de aquí surge el derecho- logra la primacía social o económica.

Con todo -observaba-no era labor fácil la de difundir el espíritu gremial entre los hombres, puesto que era imprescindible, previamente, robustecer la conciencia de solidaridad. Y un escenario fértil donde podía vigorizarse esta conciencia era la guerra, pues en esta lucha a muerte brotaban los sentimientos y reglas propios de la realidad gremial. La vida militar fortalecía los conceptos corporativos de respeto a la jerarquía, de espíritu de servicio y de hermandad, así como enseñaba a honrar la virtud y la disciplina.

Este pensamiento, a pesar de pertenecer a una etapa temprana de su vida intelectual, pervivió inquebrantablemente. En febrero de 1936 escribió un artículo que patentizaba estas reflexiones:

"¿Economía dirigida? ¡Naturalmente! mas para que el funcionarismo del Estado no absorva la economía, tendrá que organizar el comercio y la industria en corporaciones articuladas y la agricultura, en cooperativas y señoríos".²⁴

La nueva sociedad deberá acuñarse, consiguientemente, sobre el sustrato de los principios de la Hispanidad.

24 Ibidem, p. 194.

cuya armonía floreció en la unidad de la Cristiandad, en los antiguos ideales de la fe en la libertad espiritual y el deseo profundo de perfeccionamiento; en suma, en la restauración de las creencias religiosas que albergan perspectivas infinitas al servicio de Dios y del prójimo.

3) Estrategia

Emprenderemos en esta apartado el esclarecimiento de las propuestas concretas sugeridas por Maeztu para arribar al modelo social anhelado; así como la visualización de la etapa de tránsito desde la sociedad cuestionada.

En su libro medular, "Defensa de la Hispanidad", Maeztu alienta a los pueblos del mundo a superar sus deficiencias y a alcanzar la salvación por medio de la fe y de su propio esfuerzo, imitando la trayectoria del espíritu hispánico cuya misión histórica es la docencia universal. Pero para ello, es preciso, primero, despertar en los mismos españoles, la necesidad de reencontrar su camino en el seno de su propia historia, el de los dos siglos gloriosos, que tienen la respuesta para enfrentar con éxito el porvenir: horizontes infinitos unidos a una gran empresa nacional.

"No nos queda más que un sólo [camino] por probar: el nuestro."²⁵

Pero ¿Cómo conseguir resucitar el pasado -se pregunta- entre las masas revolucionarias cuyo concepto de patria es impreciso y casi inexistente debido a la prédica comunista? Para Maeztu no hay otra alternativa más que el trato directo y exclusivo con aquellas capas sociales preparadas -la clase culta- capaces de dedicar su vida al logro de los viejos ideales de la Hispanidad, conformando una jerarquía social hasta tanto "[...] prenda entre los más humildes la fe en la libertad espiritual y el ansia infinita de perfeccionamiento"²⁶

25 Maeztu, R. Defensa. ob, cit., p. 298.

26 Ibidem, p. 213.

Es en lo íntimo de esta élite donde únicamente puede moldearse una nueva aristocracia, "los Caballeros de la Hispanidad", profetas de los lemas ya divulgados en los años de esplendor: servicio, jerarquía y hermandad. Y sólo con el apoyo de historiadores, poetas, intelectuales será factible acometer esta ardua tarea de popularizar el credo de la contrarrevolución, consustanciado de los principios cristianos. Desde el punto de vista político, son las derechas conservadoras, completamente paralizadas por la arrolladora gestión revolucionaria, a las que es necesario infundir el espíritu de unión, de organización y, especialmente, de acción contrarrevolucionaria que preconice los proyectos evangelizadores, contrarreste los embates de la izquierda y neutralice sus proclamas. La simple unión -previene- no es suficiente para eclipsar el empuje de las muchedumbres revoltosas. Es preciso la movilización. Sin embargo, ésta es una empresa saturada de dificultades entre las que se distingue, principalmente, las propias rivalidades internas de esas derechas, que difieren en los procedimientos, pero que no deben perder de vista la comunidad de sus principios. Apremia a no pactar con la revolución e insiste en la

"(...) urgencia que debemos sentir los contrarrevolucionarios para concentrar nuestras fuerzas y atacar nosotros a la revolución".²⁷

Imperativamente espolea a las fuerzas que deben liderar el movimiento contrarrevolucionario: Estado, Iglesia, Ejército, Capitalismo, Aristocracia terrateniente, Profesiones liberales, nombradas en ese orden, a despertar de ese sopor y emprender una batalla ideológica que las temple a ellas mismas, al tiempo que salve a España del enemigo común. Por eso un aliado indispensable es el Estado, quien puede y debe acorrarlar a los partidarios de la lucha de clases, prohibir su propaganda, en suma, tomar las medidas coercitivas necesarias para sofocar los desenfrenos de la izquierda.

²⁷ Maeztu, R. Frente a la República. ob, cit., 1-1-35. p. 123.

"todo el que incite a la lucha de clases comete un acto de rebelión (...) que el Estado está obligado a reprimir."²⁸

La Iglesia y su jerarquía también aportarán pautas inestimables para la organización de la nueva sociedad. Es en el plano espiritual donde la religión tiene reservado un rol prioritario puesto que proporcionará a las derechas desunidas y a las clases indecisas, del ánimo y la fe esenciales para el enfrentamiento con la revolución. Por otra parte, proveerá de sanciones ultra-racionales, sobrehumanas, de modo tal que las autoridades y sus gobernados, se hallen sujetos a una moralidad superior que los guíe y los modere. Básicamente, ella producirá la fuerza espiritual capaz de inducir al mejoramiento social, mediatizado por el propio esfuerzo individual, impulsado a perfeccionarse y resuelto a ofrecer su vida por el bienestar de sus semejantes.

Otra de las fuerzas contrarrevolucionarias, a las que la sociedad tendrá que recurrir para alcanzar con éxito la contienda y cuyo papel privilegiado es el Ejército. Esta institución es para Maeztu, sinónimo de civilización. Su propia organización jerárquica asegura la unidad y la disciplina, los dos elementos vitales que la España cotidiana anhela.

"Y hoy puede decirse que la unidad de la nación no está garantizada más que en los cuartos de bandera".²⁹

A los sectores medios y altos de la sociedad -clases cultas- les está destinado una actuación de primer orden en esta lucha contrarrevolucionaria y para ello, primeramente deberán concientizarse de su propio "valor social". Los profesionales, por ejemplo de la ingeniería -sostiene- "...valen más para las industrias de Asturias que centenares

28 Ibidem, 24-8-33, p. 299.

29 Ibidem, 26-10-34 p. 265.

de obreros ignorantes y de mala voluntad." 30

En síntesis, el traspaso de esta sociedad convulsiona-
da al paradigma enunciado por Maeztu, sólo es posible
iniciarlo si se reconstruye el orden social. A la cabeza
de la pirámide social y política deberá instalarse una minoría
culto, impregnada de elevados principios religiosos, que
no son otros que los conocidos ideales de la Hispanidad
y desde donde ejerza un apostolado cívico para nutrir
a las masas de valores trascendentes que les tracen el
horizonte y revitalice a los desorientados a través del
ejemplo y su propia fe.

A pesar de esta elaborada caracterización del prota-
gonismo reservado a las capas superiores, hemos podido
rastrear en algún artículo, su posición acerca de las condi-
ciones de un buen gobierno. Afirma, aunque no explica,
que el mejor régimen, debe ser mixto: por una parte un
grupo dirigente con las cualidades señaladas, una aristocra-
cia rectora que confiera "unidad y continuidad en el mando"
y por otra, la participación del pueblo. Pero ¿Cómo instru-
mentar esta presencia popular en un gobierno de elites?
Maeztu no lo precisa. Tal vez pensaba en un voto restringido
o en una representación más general, después de un proceso
de aprendizaje de las mayorías. Es muy probable que el
tema no le requiriera mayores determinaciones ya que
no lo consideraba de capital importancia, tanto por el
eje prioritario de sus preocupaciones -las minorías selectas-
por cuanto el ínfimo espacio que le dedicó a la intervención
de la totalidad. No es difícil que haya incluido este problema
como una táctica política, más que como el resultado
de un íntimo convencimiento.

El segundo nivel de clarificación al que hicimos
referencia al iniciar este capítulo, tiene como objetivo
indagar las peculiaridades del período de transición de
una a otra sociedad.

Maeztu cree que el modo más rápido y efectivo
para vehiculizar dicha transferencia sólo es posible con
la ayuda del Ejército. Es esta institución la única capaz

30 Ibidem, 21-XI-34, p. 274.

de implantar una Dictadura que, reconocida como un "régimen de emergencia", no definitivo, pueda acorralar los desmanes de la izquierda e imponer las condiciones imprescindibles que conduzcan al establecimiento del "régimen de permanencia" representado por la monarquía tradicional. Las multitudes -por ignorancia- no alcanzan a vislumbrar las perspectivas que más les convienen obnubiladas por las promesas republicanas. De ello se desprende que, con seguridad, el gobierno militar deberá manejarse con una cuota de violencia, justificada por sus metas, pero mucho más, por sus repercusiones: conseguir la paz social y el clima propicio en el que los espíritus logren aceptar el único sistema que maximice el bienestar para todos.

Conclusiones

Nos propusimos al iniciar esta tarea, dilucidar y profundizar el ideario de Maeztu, puntualizando sus concepciones políticas positivas y negativas, concertadas en el andamiaje filosófico de sus preocupaciones sobre el hombre, la historia y la ciencia, con el soporte de su propio entorno vital y en el encuadre del macro contexto político y social de su época.

Maeztu convivió con el deterioro español de fines del siglo decimonónico y con los despojos del último baluarte colonial, constituyendo esta experiencia, su primer desafío histórico que imprimió una huella indeleble en su espíritu y que dio forma a una de sus creencias más firmes: la idea de la renovación hispánica, entendida en este momento, como una transformación total que renegara de los valores más íntimos del ser español. Pero el contacto con nuevas ocasiones conflictivas, desencadenaron el vuelco de su posición inicial, paradójicamente, hacia una rehabilitación de esos mismos principios.

La segunda incitación histórica se identifica con la época de la primera conflagración mundial, que le permitió instrumentalizar su teoría de la "primacía de las cosas"

y configurar argumentos claves de su doctrina definitiva: el reconocimiento del espíritu guerrero como categoría esencial de la imperfección humana y cuya aceptación es condición insoslayable en la búsqueda de su redención. Asimismo, en esta etapa conformó sus puntos de vista sobre la organización ideal de la futura sociedad, encarnada en un sistema funcionalista o gremial, en donde los miembros se consagran al servicio de los valores eternos.

La tercera y última provocación que las circunstancias históricas le espolearon a una respuesta comprometida, no se constató en un hecho determinado, sino más bien, fue el producto de una coyuntura nacional, presionada por la atmósfera internacional. Durante la gestión riverista fortaleció sus dogmas políticos, contrarios a toda fórmula electoral, pero será la caída de la monarquía y el establecimiento del gobierno republicano -desquiciado crecientemente por continuas revueltas obreras y disturbios callejeros, por un lado, y por las reivindicaciones derechistas, por otro- lo que propiciará la depuración definitiva de su posición doctrinal. En este período redactó sus contribuciones más encendidas, registradas en periódicos de gran prestigio de casi toda España.

La figura polémica de Maeztu emerge de la entraña misma de su pensamiento, al que hemos reordenado a través de la óptica de un bosquejo teórico, que ha contribuido a la visualización de sus diversas opiniones sobre los temas más cruciales de su programa ideológico. En torno a ellos, reexaminaremos, puntualmente sus planteos para desentrañar sus razonamientos más controvertidos y precisar el contenido de su mensaje. Procederemos en primer término a rever su plataforma filosófica con el fin de registrar, en cada una de las áreas analizadas, sus particularidades más sobresalientes.

Cuatro signos caracterizan su concepción histórica: es 1) paradigmática, 2) providencialista, 3) voluntarista y 4) elitista.

↳ Hemos llamado paradigmática su estimación de la historia porque de sus escritos se desprende, reiterada-

mente, este convencimiento en las dotes relevantes de la historia en el magisterio de la vida. Y especialmente la historia de España se distingue del resto de las experiencias históricas que no pudieron, como la española, planetarizar la prédica cristiana de amor y superación para todos los hombres, sin diferenciación de razas.

- 2- La providencia divina ha conferido al espíritu del hombre sus propias atribuciones que iluminan el arduo peregrinar hacia la plenitud, en una trayectoria lineal, no necesariamente progresiva, puesto que la humanidad muchas veces se ha enajenado y perdido el verdadero rumbo, debiendo replantearse entonces, sus metas cardinales.

El papel protagónico en la historia lo desempeña, por tanto, el espíritu del hombre que comulga con los dones eternos, y consiguientemente, dispone de un talento creador materializado en su travesía por la historia.

- 3- En virtud de las peculiaridades del espíritu humano, clave del devenir, la historia puede modelarse, transformarse, perfeccionarse. Y es el hombre, dueño de esa gracia infinita que es su libertad metafísica, la criatura que con exclusividad puede diseñar su porvenir y escoger, de la multiplicidad de opciones, el sendero del Bien, al servicio de Dios y del prójimo, o del Mal, en contra de su misma naturaleza y de sus semejantes. En sus manos, en su capacidad de conversión o caída, y no en la fatalidad intangible, se encuentra la resolución de su propio destino.
- 4- Si bien los seres humanos son, en esencia, todos iguales y tienen condiciones superiores para forjar su vida, existen, no obstante, patentes diferencias que se corporizan en las múltiples individualidades. Las capas populares de la sociedad no alcanzan a ponderar las alternativas más convenientes -por ignorancia e ineptitud- y deben relegar esta gestión a personalidades selectas que sabrán elegir por ellas. Son estas minorías cultas, las únicas capaces de monopolizar y concretizar las decisiones cardinales de toda organización social.

En su enfoque antropológico, Maeztu considera al hombre como una prolongación divina que testimonia sus vinculaciones trascendentes, con propiedades singulares que lo elevan por encima de las otras criaturas. Este ser espiritual que es el hombre, es virtualmente igual a sus congéneres, pero sólo en lo concerniente a la libertad metafísica o convicción del yo pecador. Fuera de esta capacidad de conversión o caída, aparte de esta facultad para seleccionar entre el bien y el mal, en la que todos los hombres se equiparan, no hay ninguna otra igualdad viable entre ellos. Y esta disposición espiritual, que es una gracia divina, constituye el único fundamento válido de la solidaridad universal.

Su perspectiva epistemológica afluye de su concepción antropológica y también en ella converge: el hombre transita la senda de su integridad en cada acto de conocimiento. En esta conexión con lo cognoscible, con la cosa en sí, que queda intacta, el espíritu humano, sin embargo, se modifica, superándose en cada nueva relación cognoscitiva. Y es precisamente este fenómeno, la prueba que evidencia la conexión del alma individual con las formas supremas: si el hombre es apto para pensar en dimensiones suprasensibles es porque esta capacidad procede de las peculiaridades de sus propias categorías de pensamiento -que forman parte de su espíritu- y que hacen palmaria su afinidad con Dios. Su actividad cognitiva acredita su comunión con la Inmaterialidad.

Sobre la base de estas convicciones, Maeztu construye un credo político. Frente al socialismo pregona que el anhelo comunitario de cualquier tipo de socialismo, desborda las expectativas reales de la esencia humana, que para poder sostenerse, despliega procedimientos arbitrarios que llegan a extremos de gran brutalidad. Asimismo invalida el discurso liberal, cuya base, en el orden político parte también de un error, al otorgar -el régimen representativo- igual responsabilidad electoral a las naturalezas especializadas y a las mayorías analfabetas, desconociendo el carácter específico de la condición humana. Por otro lado, descalifica el fundamento económico del liberalismo

que se apoya en el principio del interés individual que ha conducido a la explotación del hombre por el hombre y renegado de toda idea de justicia social. En la búsqueda de un sistema que albergue ambos principios -el individual y el social-Maeztu elabora sus propuestas sobre la sociedad corporativa, ordenada- desde el punto de vista político- por la única institución capaz de ofrecer al mundo un gobierno de perdurabilidad y confianza que asegure el mando a los mejores. El sistema monárquico, impregnado de los valores cristianos, emprenderá, igual que siglos anteriores, una gesta evangelizadora que predique entonces, entre las muchedumbres revolucionarias a través del ejemplo y la fraternidad social.

No ha sido hasta aquí, nuestra tarea cuestionar sus presupuestos filosóficos y menos aún, problematizar sus creencias religiosas. Pero estimamos que es el momento de evaluar algunas de sus argumentaciones políticas.

Toda forma política que de algún modo tenga que ver con la representación de la voluntad popular es hostilizada y despojada de legitimidad y valor. Así, los partidos políticos engendran, para él, la división de los espíritus, lo cual se verifica en las elecciones a las que trata como meras subastas de cargos, y promesas que no se cumplen.

Es cierto que Maeztu escribía estas líneas en circunstancias en que el sistema liberal había entrado en crisis, no sólo en España sino en muchos estados del globo, donde se había puesto de manifiesto su inoperabilidad que había hecho posible el acceso de gobiernos totalitarios afines a algunas de sus proposiciones antidemocráticas.

A pesar de los notorios desaciertos del sistema (desgobierno en situaciones de multipolaridad partidaria conducente a una inoperancia permanente, o por el contrario, exceso de autoridad de un partido que puede configurar poderes con definidos recursos demagógicos, falta de idoneidad de los políticos, rapacidad y deshonestidad de algunos de sus dirigentes, postergación y reemplazo de objetivos nacionales por componendas partidarias, por nombrar, solamente algunos de los síntomas nefastos del régimen representativo), no obstante, la democracia ha

demostrado hasta ahora ser el régimen menos arbitrario y menos injusto, capaz de canalizar el conjunto de reclamos de los diversos sectores sociales, de asimilar en su seno la disparidad de juicio o la controversia de opiniones, en suma, de preconizar y hacer viable la tolerancia y la buena voluntad aún entre opositores políticos.

Es, sin embargo, un largo trayecto, con penosos inconvenientes y fáciles desviaciones pero en cuyo diseño habrán de cooperar todas las fuerzas sociales de la comunidad para solidificar este sistema que por encima de constituir una forma de gobierno, representa ante todo, un estilo de vida.

También el socialismo es censurado por Maeztu en sus contornos metodológicos -lucha de clases-, en sus metas inmediatas -la entronización de la dictadura del proletariado- y en sus fundamentos antropológicos, puesto que los hombres son naturalmente distintos, salvo en su capacidad de conversión o caída que nivela equitativamente a los individuos sin distinción de clases ni de razas. Pero aparte de dicha libertad metafísica, en su enfoque no es posible contemplar ninguna otra igualdad.

Ostensiblemente, las experiencias socialistas después de muchos años de intensos e inagotables procesos de depuración, control y fiscalización absolutos, no han generado sino regímenes de intolerancia y resignación. Sin embargo, es justo reconocer que dieron término a otros tantos regímenes intransigentes, poco permeables a las reformas, y emprendieron reparaciones sociales relegadas hasta entonces al olvido y la frustración.

Sólo existe una alternativa consistente en un ordenamiento social que optimice el desarrollo individual, sin que ello perjudique la aspiración de distribuir una justicia social para todos sus miembros. En Maeztu, estas circunstancias se constatan exclusivamente en una sociedad funcionalista, edificada sobre la base de los principios cristianos. El espíritu solidario y la eficacia en la función son el cimiento de la sociedad corporativa que eliminará las diferencias y enfrentamientos de las clases sociales y elevará al individuo según el mérito y la tarea que realice. La conformación

de semejante congregación es de largo aliento, ya que primeramente será necesario educar a las multitudes ignorantes. Y en esta empresa, apela a las principales fuerzas contrarrevolucionarias (estado, Iglesia, ejército, capitalismo, profesiones liberales) para que acaudillen la contienda contra la revolución. Pero en definitiva será la actitud, que asuman los sectores "ilustres", lo que permitirá o no, el triunfo del ideario contrarrevolucionario.

En todo su planteo se exterioriza un profundo menosprecio por los estratos populares quienes deberán estar subordinados a una aristocracia dirigente que por el sólo hecho de poseer educación o nivel económico se hace acreedora, espontáneamente, de atributos superiores, fervorosos principios religiosos y una fe inquebrantable que la faculta para encabezar la sociedad y conducirla. Pero ¿quién podría asegurar que estas condiciones culturales o económicas, involucran -tácitamente- una supremacía moral? ¿De qué manera se podría detectar, sin organizaciones partidarias, la pericia, los recursos humanos y las propuestas de aquellos que tendrán en sus manos la dirección de un país? ¿Acaso el Ejército ha demostrado competencia en el arte -o mejor, la ciencia- de gobernar? La capacitación política exige una ardua preparación que no siempre atrae -lamentablemente- los espíritus nobles e idóneos y por el contrario, seduce a personajes poco virtuosos que se arriman a la política para conseguir un fácil empleo o un rápido ascenso social. Aunque hasta el momento ¿qué otro método, sino el juego democrático, es susceptible de seleccionar las personalidades más aptas para administrar los negocios públicos?. No obstante, para que las reglas del sistema representativo funcionen adecuadamente es imperiosa -y en este punto coincidimos con Maeztu-, la existencia de un pueblo con cultura política, que supone la otra cultura, conciente de su propia participación y de su responsabilidad, ejercitada a través del sufragio, en las decisiones sustanciales adoptadas por sus representantes. La alternancia partidaria es la única garantía de la renovación de las autoridades en permanente vigilancia de las mayorías, que confirman o desplazan las gestiones, por medio del voto, en una constante evaluación de sus delegados para que sean fieles intérpretes de sus necesidades y carencias.

La monarquía de origen divino consustanciada de valores eternos y de metas preclaras e ilustres, aséptica a las tentaciones mundanas, es una ilusión sin fundamento ni siquiera histórico. Del mismo modo, resulta una quimera el redimensionamiento gremial de la comunidad, excesivamente cerrada a los propios requerimientos de la sociedad moderna, caracterizada por una movilidad social impensable en un sistema corporativista, cuyas peculiaridades organizativas tampoco quedaron, en sus argumentaciones, apropiadamente ejemplificadas.

En otro orden de análisis, sus creencias respecto a las "bondades" de la guerra para robustecer los conceptos de jerarquía, solidaridad, disciplina, después de conocer los horrores de las dos conflagraciones mundiales y sus consecuencias, junto a las atrocidades, de otros conflictos más cercanos, con una sofisticación más depurada, como Vietnam, Líbano, Irán-Irak, etc. quedan invalidadas, sin necesidad de mayores objeciones.

Considerada su persona y más precisamente su pensamiento, altamente peligroso por las autoridades republicanas -lo cual queda corroborado en los episodios poco claros de su encarcelamiento y muerte-, éstas resuelven abatirlo y silenciar una voz corrosiva, con un poder de difusión significativo que había nucleado en torno suyo actitudes emparentadas y que prometía y aspiraba congregar las fuerzas contrarrevolucionarias, así como las personalidades recelosas y aún poco definidas. Sin embargo, su desaparición no implicó la desarticulación del empuje contrarrevolucionario que desplegó toda su energía contra el gobierno de la República, que a pesar de todo sus esfuerzos, después de dos años de encarnizada lucha, tuvo que retraerse, ante el avance indetenible de las huestes "nacionales."

Legitimidad y repercusión de su aporte

Maeztu no fue un innovador. Recogió en sus obras una larga tradición de los planteos contrarrevolucionarios y los sintetizó en un fundamento filosófico e histórico contextualizado en la atmósfera europea de entreguerras.

Su contribución radica, más que en una novedosa teoría, en la índole combativa de sus publicaciones y en el poder seductor de sus escritos. Su mensaje estuvo dirigido, deliberadamente, a una porción restringida de la sociedad —de la única que esperaba una conducta apropiada y favorable a su prédica—, que encabezaría la movilización política y enarbolando los presupuestos de la contrarrevolución, frustrara las iniciativas de la izquierda. Indiscutiblemente, sus ideas no podían sino tener un destinatario reducido puesto que era improbable que éstas lograsen ser receptadas por las clases menos afortunadas a las que constreñía a una posición espectadora, manipulada por los certeros objetivos de las capas superiores. De igual modo, su propagación fuera de España en países como el nuestro, también se concentró en círculos minoritarios, con figuras como Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta, César Pico, Tomás Casares, entre otros, inspiradores del nacionalismo argentino de la década del 30. Por otra parte, es preciso destacar que el nacionalismo de Ramiro de Maeztu no albergaba componentes chauvinistas y en esta dimensión, se aleja de ciertas divisas expansionistas de los nacionalismos en boga. Si bien glorifica la tradición hispánica, que cimentó su grandeza al amparo de otros pueblos en desventaja, a lo largo de su ponencia, no patrocinó el reordenamiento nacional sobre la explotación de comunidades inferiores. Fustigó el imperialismo capitalista representado prioritariamente por los Estados Unidos pero al que no le dedica sino pocas líneas ya que de ningún modo simbolizó su enemigo principal, como sí lo constituyó el comunismo.

Si no fue un precursor, ni un pensador que se adelantara a su tiempo, anticipando respuestas inéditas a las demandas de su época, a pesar de ello, Maeztu aglutinó en sus propuestas, autores de la misma corriente que lo antecedieron, contemporáneos suyos, españoles y extranjeros, pero sobre todo supo traducir los reclamos de orden y prosperidad de una franja de la sociedad que encontró en su proclama una escrupulosa interpretación de sus anhelos y en él, a un lúcido contendiente en las arenas periodísticas, de pluma ágil y dúctil, capaz de acometer los temas más diversos con un empeño y claridad poco

comunes.

Condicionado por las experiencias adversas de una España en agonía, tanto en el plano interno como en el internacional, quiso ver en la institución monárquica la solución al desgobierno republicano y en la organización gremial la combinación ideal que resguardase a la sociedad de los excesos liberales como de las pretensiones igualitarias. Cautivado por los resultados incipientes de las gestiones autoritarias, que avalaban en parte sus propias convicciones, se revela Maeztu como producto también del tiempo que le tocó vivir.

FUENTES

MAEZTU, Ramiro de. *Frente a la República*. Selección y estudio preliminar de Gonzalo Fernández de la Mora. Madrid, Ed. Samarán, 1956.

—————*La crisis del Humanismo. Los principios de Autoridad, Libertad y función a la luz de la guerra*. Bs. As., Ed. Sudamericana, 1951. Prólogo de María de Maeztu.

—————*España y Ensayo*. Prólogo de María de Maeztu. Bs. As., Espasa Calpe, 1948.

—————*Ensayos*. Nota preliminar de María de Maeztu. Bs. As., EMECE, 1948.

—————*Defensa de la Hispanidad*. Bs. As., Podlet, 1945.

BIBLIOGRAFIA

MARRERO, Vicente. *Maeztu*. Madrid, Rialp, 1955.

CARR, Raymond. *España 1808-1939*. Barcelona, Ariel, 1968.

FERRANDIS, M. y BEIRAO, C. *Historia Contemporánea de España y Portugal*. Barcelona, Ed. Labor, 1966.